CONCURSO DE CUENTOS UANDES:

Los pies de papel

Luna llegaba al colegio todos los días con los pies descalzos.

Caminaba sobre las puntas de los pies al salir de la casa, cruzaba las calles del pequeño pueblo, saltaba las quebradas, y corría por el campo abierto camino a la escuela. Sus compañeros se reían en voz baja, encontrando divertido lo que veían. Otros, los más tímidos, miraban al suelo. Sabían que reírse de su compañera no estaba bien, pero tampoco sabían qué hacer.

Pero a Luna esto no le molestaba. Llegaba todos los días sonriente, con su pequeña mochila morada y las ganas de aprender. Se sentaba en la primera banca y prestaba atención a cada palabra que la maestra decía. No pedía zapatos ni explicaciones, pues le bastaba con los conocimientos que adquiría cada día en la pequeña sala de clases.

La maestra la miraba con ternura. Conocía la difícil situación en la que la familia de la pequeña se encontraba, y sentía compasión y admiración por la sonrisa de Luna. Sabía que su corazón era fuerte, y que había algo mágico en esos piecitos que no se quejaban.

Una mañana como cualquier otra, en la que Luna ya se encontraba sentada en su pupitre, lista para la sesión rutinaria, la maestra, en vez de comenzar la clase como siempre lo hacía, tomó una tiza y escribió en la pizarra:

“Tarea de hoy: escribir un relato sobre alguien que vea el mundo de una manera distinta”.

Luna miraba sorprendida la pizarra... Era la primera vez que les ponían una tarea de ese estilo. Sus compañeros se miraban boquiabiertos, pues nadie entendía bien lo que debían hacer. La maestra explicó: “Hoy vamos a escribir un pequeño cuento... No se asusten, no tiene nota. Pero quiero que escriban sobre un personaje que vea el mundo desde una perspectiva diferente. Pueden ser ustedes mismos o alguien

más. Su protagonista puede mirar el mundo desde el cielo, por ejemplo, o desde el agua... o el suelo”

En ese momento, Luna se iluminó. Su pluma se desplazaba por la página en blanco como los caballos libres en una pradera: rápida, segura, alegre. Sus palabras eran simples, infantiles, pero sus frases venían del corazón. Escribió sobre una niña que caminaba todos los días a la escuela, como ella. Con cada paso que daba, aprendía algo nuevo. Unos metros y ya sabía sobre el calor del sol en la tierra, la lluvia que caía de las nubes grises, el rocío de las plantas por la mañana, el canto de los pájaros cuando cae el sol... Sus pies, aunque desgastados y heridos, eran sus ojos, la puerta por donde entraba el conocimiento, que le mostraba el mundo de una forma que nadie más veía.

Mientras el resto de la clase escribía sobre futbolistas, héroes y dragones, Luna escribía una historia real. Su historia. Al terminar, se lo entregó a la maestra, que lo leía atentamente mientras la pequeña miraba a su alrededor.

La maestra no dijo nada al terminar. Simplemente la miró, sonriendo, y se guardó la hoja en el bolsillo. Luna no sabía si eso era bueno o malo. Los demás cuentos eran devueltos a sus autores con una estrella o una carita sonriente en la parte superior, pero el suyo no había recibido el mismo trato. Se devolvió a su puesto, dubitativa, pero satisfecha por haber escrito algo realmente suyo.

A la mañana siguiente, cuando llegó a la sala puntual como siempre, se encontró una hoja pegada junto a la pizarra con chinchas de colores. Se acercó lentamente, y lo que vio la dejó boquiabierto: era su cuento, escrito con letra grande y clara, para que todos pudieran leerlo. Encima de la hoja, la profesora había dibujado unos pequeños piecitos azules y escrito la siguiente frase:

“Cada paso cuenta una historia”.

Los niños se acercaban de a poco, curiosos. Algunos leían en voz alta, otros en silencio. Mientras avanzaban, algo en sus rostros cambiaba. Ya no veían a Luna con

los mismos ojos de antes. Las burlas y risas se convertían en admiración y respeto, y todas las miradas, lentamente, se posaban en la pequeña niña.

De pronto, un niño bajo, rubio y con mirada alegre, rompió el silencio y exclamó, mirando hacia la profesora:

“¡Está buenísimo! Que linda historia... profe, puedo escribir uno sobre mi abuela. Ella ve el mundo desde su silla de ruedas, y las historias que cuenta son muy divertidas”

Algunos se rieron, pero la mayoría comenzó a gritar que ellos también querían escribir sus propios cuentos. Uno dijo que quería escribir sobre su perro, que olía el mundo antes de verlo, otro sobre su casa, que había visto a su familia crecer, otros sobre sus hermanos, que se habían casado pero seguían visitando sus hogares todos los fines de semana.

La maestra se sintió feliz, y explicó que ese sería el nuevo proyecto del curso: El muro de las perspectivas. Todos los días, los alumnos que quisieran podían agregar cuentos contados desde perspectivas únicas y sorprendentes, que contribuyeron, poco a poco, a formar parte de la visión general de cada uno de los miembros del curso. De esa manera, podrían entender que el mundo no es igual para todos. Por el contrario, hay tantas formas distintas de ver el mundo como ojos (y pies) hay en el planeta.

Desde ese día, el aula se llenó de colores, palabras y personajes. Cada cuento era como una ventana distinta: una niña que soñaba desde su cama en el hospital, un gato que espiaba a los vecinos desde los tejados, una hoja que caía de un árbol y viajaba con el viento... Todos los niños encontraron una voz que no sabían que tenían, y Luna había sido la primera.

El muro de las perspectivas se convirtió en el lugar preferido de todos los niños. Gozaban pasando las horas leyendo las distintas historias, mirando el mundo por medio de ojos distintos, que contribuían, a través de simples palabras y frases cortas, a ampliar la visión que cada uno tenía.

Luna seguía escribiendo. A veces sobre sus pies, otras sobre su madre, que cantaba canciones antiguas mientras cocinaba. Otras veces escribía sobre su maestra, aquella bella señora que sabía mirar más allá de las apariencias y regar las semillas que cada niño llevaba dentro.

Un día, cuando Luna llegó a la escuela, se encontró una caja misteriosa encima de su puesto. La abrió con curiosidad, lentamente, y encontró unos pequeños zapatitos azules. Esa noche, escribió en su pequeño cuaderno desde su propia perspectiva:

“Hoy recibí unos zapatitos azules”, anotó con su letra redonda y desordenada. “No son mágicos porque vuelan o brillen, sino porque alguien pensó en mí. Pero lo que más me gustó no fueron los zapatos, sino ver que mi cuento podía abrir otros corazones. Que mis piecitos, aunque a veces duelen, pueden dejar huellas que otros quieran seguir. Y si caminar es aprender, entonces contar lo que vemos al caminar... también es enseñar. Y, como mi maestra siempre dice, “Enseñar siempre: en el patio y en la calle como en la sala de clase. Enseñar con actitud, con gesto, con la palabra.”

Gabriel Arcilla